Crónica de poesía
Del monte y los caminos

Emilio Miró

El poeta leonés Antonio Pereira reaparece con este libro dos años después de la publicación de "El regreso». «Del monte y los caminos» consta de veinticuatro poemas agrupados en cinco partes:

Del monte y los recuerdos, Del monte y los caminos, Del monte en soledad, Meditaciones y preguntas y Escenas y personajes.

En los cuatro poemas de la primera parte, «Del monte y los recuerdos», predomina el verso heptasílabo (dos poemas) junto al octosílabo y endecasílabo, en el tercer y cuarto poemas, respectivamente. Cuando aparece la rima es asonante, bien en tradicional fluencia de romance octosilábico, bien en alguna cuarteta asonantada u otra combinación estrófica. Como dice muy claramente el título, se abre el libro bajo el signo de lo rural, de lo campesino, recreado, en esta primera parte, en la memoria. El poeta, desterrado en la ciudad, perdido hijo de los campos, busca su infancia, sus raíces, en un poema de directo hablar con el padre. Antonio Pereira emplea un lenguaje ascéticamente desnudo de toda galanura, de una sencillez a la que a veces acecha el prosaísmo. Humildemente dialoga con la mudez paterna, con toda la entrañable sangre familiar. En sus antepasados, en la continuidad de mayores y jóvenes, trata de encontrarse, de recuperar los perdidos caminos. Y este primer poema se cierra -el libro se abre- con un acto amoroso de confesión, con una afirmación de canto. Para cantar, en el poema siguiente, lo cotidiano y doméstico, el prosaico mundo de una ferretería (viene el recuerdo del Gerardo Diego cantor de la tienda familiar en «Mi Santander, mi cuna, mi palabra», «la pequeña historia / de la gente sufrida». En los heptasílabos blancos se cruzan algunas asonancias, y en ellos el poeta hace su pequeña pero honda incursión de poeta social:

la gente sometida

que va por los caminos

con hierro en el calzado

y señales profundas

de clavos más arriba.

Del recuerdo al ensueño, de lo vivido a lo soñado (¿dónde están los límites entre recordar y soñar?): el poema tercero, romance que comienza así: «cuando descanso los ojos/ y voy flotando en el sueño/ lo que escucho todavía/ es el sonido del hierro» Sueños y ensueños de don Antonio Machado cuya voz es agua oculta que suena por muchos poemas de Antonio Pereira. Pero frente a la vaguedad del sueño, la realidad, la dureza del hierro. Los colores de esa entrañable tienda de la infancia se han borrado, pero persisten los sonidos, la íntima, esencial canción de las cosas; y el poema se va a difuminar en una perplejidad presente, entre machadiana y unamunesca: «lo que sonaba en la tienda / vuelve en la niebla del sueño, / tan claro que me pregunto / si estoy soñando despierto.»

La segunda parte da título a todo el libro y consta también de cuatro poemas. La presencia humana está presente, y en ella su afanoso y cansado caminar, su sufrimiento, su miedo. Por todo ello el poeta, vuelto sobre sí mismo, se siente inútil para los demás provistos sólo de su canto. Y pide una herramienta para un nuevo oficio porque ya no basta el de cantor. En el poema cuarto y último de esta segunda parte, el camino del vivir -una vez más es obligado el recuerdo de Machado- es despeñado por el tiempo hasta la muerte, no nombrada, aludida en versos erigidos sobre un ocaso y un alba.

«Del monte en soledad», tercera parte del libro, tiene igualmente cuatro poemas, todos ellos en endecasílabos y en cuartetas asonantadas en los versos pares, quedando libres los impares. Sigue en el fondo la ancha sombra machadiana: el sueño, el hombre ensimismado que habla consigo, el dolor como fuente de conocimiento. Dios, aquí, calla y la solidaridad ampara «largas soledades». Lección de soledad de Antonio Pereira, porque ésta, como las soledades de Lope, es sabia maestra, consejera no falaz, guía segura por los ocultos, difíciles caminos del corazón y la sangre.

«Meditaciones y preguntas», cuarta parte del libro, son tres poemas nada más. El primero, claramente alegórico, identifica a los poetas con los ríos: un solo río entre tantas otras corrientes, entre tantos otros hilillos de agua, igualmente nacidos, que nunca dejarán de serlo. Misterio de la creación genial, de la intuición poderosa. En el segundo, Pereira invoca a otros seres (árboles, peces, pequeños animales subterráneos) y levanta frente a ellos la orgullosa, legítima bandera de la indiscutible superioridad humana: «Huéspedes somos bajo el mismo techo. / Pero los hombres libertad clamamos / donde vosotros sois silencio y tropa.» No tropa, masa, rebaño, sino diferenciada personalidad plena individualidad: no silencio, sino voz que clama, que libre, se exalta, canta. Y buscando con ansia el nombre de las más ocultas raíces

cierra el poeta esta penúltima parte de su libro. La quinta y última, «Escenas y personajes», es la más larga, con nueve poemas, en los que se encuentran versos libres, octosílabos, heptasílabos, etc.; a los temas plenamente humanos se unen la visión del animal tiernamente humanizado, amorosamente historiada, y el misterio religioso, la humildad en un dios desoladamente, augustamente humano. El poeta logra alguna bella imagen de cálida de cordialidad, tal «como se entrega un corazón que cae / cuando le sobran los inviernos», y junto a una delicada recreación de las serranillas de Santillana la soterrada crítica social en el contraste entre un avión de línea y un arado romano todavía llevado por el hombre. Para acabar, en el poema «El manantío», en un camino de vida fluyendo incesantemente. Desde el amor -cualquier amor- que siempre, desde todas sus esquinas, «nueva vida está creciendo».